



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA DE SALAMANCA

SE222220

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

Más allá de las fronteras

En el corazón de la historia de las misiones religiosas y humanitarias, la presencia de las mujeres ha obrado silenciosamente no pocas veces y apartada del foco de atención, pero con un poder transformador. Las misioneras no se limitaron a llevar un mensaje espiritual: construyeron escuelas, abrieron dispensarios, cuidaron cuerpos y educaron conciencias. Cruzaron fronteras lingüísticas y culturales en un movimiento que transformó a las comunidades de acogida y a ellas mismas. Es una historia que entrelaza fe y activismo, maternidad simbólica y resistencia, y que se renueva hoy en los rostros de las religiosas y las voluntarias laicas comprometidas en las misiones contemporáneas, donde la supervivencia es una cuestión tanto política como espiritual. En el siglo XIX, con la expansión colonial europea, la Iglesia católica y las denominaciones protestantes iniciaron una intensa labor misionera. Las monjas misioneras partieron en número creciente, impulsadas por una vocación que se tradujo en labores educativas y sanitarias. La escuela era un terreno privilegiado ya que educar a las niñas significaba para las misioneras salvar a un pueblo del “paganismo” y proponer nuevos modelos de feminidad.

Hoy en día, es fácil interpretar estos gestos críticamente: las misiones religiosas también transmitían un proyecto de “civilización” colonial. Sin embargo, muchas de sus protagonistas actuaron en disonancia con el orden patriarcal. Donde faltaban las autoridades masculinas de la Iglesia, las religiosas se convirtieron en líderes de comunidades eclesiales, administradoras y educadoras. Gobernaban conventos, gestionaban hospitales y decidían sobre el uso de los recursos. Era un espacio de autonomía que permitía a muchas ejercer un poder poco común en su tierra natal. Pensemos en el caso de la madre **Laura Montoya**, misionera entre los pueblos indígenas de la Amazonía a principios del siglo XX, recordada por su respeto a las culturas locales y su defensa de las mujeres nativas. Fundó una congregación de mujeres y enseñó que la caridad y la justicia debían tener el mismo valor.

O **Madeleine Delbrêl**, una mística francesa que en la década de 1930 hizo de Ivry-sur-Seine su misión diaria entre los obreros comunistas, a través de la escucha, el servicio y el compromiso político. Para ella, la misión significaba una cercanía radical con los demás. Después de la Segunda Guerra Mundial, con las teologías de la liberación, muchas religiosas comenzaron a conjugar el Evangelio con los Derechos humanos. En las favelas brasileñas y los campos de refugiados



DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va



africanos, se alzaron contra la tortura, el hambre y la pobreza extrema. Algunas fueron perseguidas o asesinadas. Como la hermana **Dorothy Stang**, una estadounidense nacionalizada brasileña asesinada en 2005 por defender a los campesinos y la selva amazónica. Llevaba una Biblia y un cuaderno. Como muchas otras, era una mujer sola en el mejor sentido de la palabra: libre y en primera línea.

Solidaridad inclusiva

Junto a las misiones religiosas, a finales del siglo XX surgieron las misiones humanitarias laicas. El voluntariado internacional está repleto de mujeres anónimas que ejercen como médicas, matronas, maestras o mediadoras culturales. En Afganistán, Sudán del Sur y Gaza, muchas misiones están lideradas por equipos femeninos capaces de integrar la atención, el contexto y la cultura. Una de sus fortalezas es reconocer la interrelación entre género, pobreza y pertenencia a minorías. De esta conciencia surge una solidaridad más inclusiva. No se engañan pensando que pueden salvar a alguien, más bien, habitan la contradicción. Aportan recursos, pero también reciben. Aprenden nuevos conocimientos y cuestionan sus propios privilegios. Descubren una maternidad simbólica y colectiva. Hoy, mientras las agencias humanitarias replantean su papel en un mundo multipolar, el liderazgo femenino sigue siendo crucial. Las religiosas operan donde la ayuda no llega. Las voluntarias laicas, formadas y competentes, mantienen una dimensión relacional que marca la diferencia. Sus decisiones son éticas y políticas, respuestas concretas a necesidades humanas

que interpelan a todos. Y también son narraciones aptas para ser escritas y escuchadas. Hablar de misiones femeninas hoy significa cuestionar cómo se ha transformado el concepto mismo de “misión”. Antaño sinónimo de “llamada” religiosa, ahora suele ser una forma laica de vocación: un gesto radical para abordar el sufrimiento del mundo. Las motivaciones son múltiples y pueden ser espirituales, éticas, políticas o biográficas. Pero lo que tienen en común es la convicción de que la distancia no es una barrera, sino una oportunidad de encuentro.

En muchos contextos, no solo en África, Sudamérica u Oriente Medio, sino ahora también en Europa, Norteamérica y Oceanía, las misioneras laicas o religiosas se han convertido en referentes irremplazables. No solo porque ofrecen ayuda, sino porque lo hacen con una proximidad radical ya que viven en los mismos pueblos y comparten las mismas inseguridades.

Revisión constante

Este habitar en las periferias nunca es neutral. Las mujeres, y no solo las occidentales, cargan con el peso de sus propios privilegios y referencias culturales. Algunas son conscientes de ello y trabajan de forma descentralizada, desarrollando proyectos con activistas locales. Otras, en ocasiones, replican lógicas verticales. Por eso, la misión hoy también debe ser un ejercicio de escucha, autocrítica y revisión constante. Un caso interesante, particularmente extendido en el contexto occidental, es el de las jóvenes que realizan breves experiencias misioneras con

ONG o asociaciones religiosas. Muchas veces regresan transformadas, conscientes de la ambivalencia del gesto misionero. Porque no se trata solo de dar ya que no pocas veces se recibe más. Se aprende a vivir en la incompletitud, en la interdependencia.

Nuevos lenguajes

Las misiones femeninas también son espacios de nuevos lenguajes. Blogs, documentales y redes sociales relatan estas experiencias. Algunas denuncian las condiciones inhumanas, otras reivindicando la belleza de los encuentros. Algunas cuestionan la idea misma de “ayuda”, otras exigen acciones concretas. Una pluralidad de voces que rara vez se escuchan. Finalmente, no podemos olvidar a las misioneras locales, un movimiento ahora global. Son mujeres europeas, norteamericanas y australianas que sirven como misioneras en sus propios países; mujeres africanas, asiáticas y sudamericanas que trabajan en sus propias tierras. A menudo, son ellas quienes sustentan la vida de las comunidades más vulnerables.

Recuperar el sentido pleno de las misiones femeninas también implica, por tanto, cambiar nuestro enfoque: reconocer la autoridad, la experiencia y la competencia de quienes siempre han operado en los márgenes. En tiempos de crisis climática, guerras y migración forzada, las misiones de las mujeres no son anacrónicas. Son laboratorios políticos, éticos y humanos de resistencia y reinvención. No porque ofrezcan soluciones fáciles, sino porque demuestran que es posible estar presente, quedarse y acompañar. En una palabra: cuidar.



Una religiosa escucha a una niña en Indonesia

Nuevo impulso misionero, León XIV y la Iglesia del futuro

MARINELLA PERRONI

Algo había adelantado en su breve discurso inmediatamente después de su elección, pero, sobre todo, es su propia experiencia pastoral la que demostrará que **León XIV** situará la perspectiva misionera en el centro de su pontificado. Se dirá que no puede ser de otra manera, dado que la misión es la primera consecuencia de la fe en la resurrección y, por lo tanto, representa el acto constitutivo de la Iglesia: o la Iglesia es misionera o no lo es. La experiencia personal de Pablo así lo testimonia, los relatos de las apariciones pascuales contenidos en los cuatro Evangelios nos lo cuentan, y los Hechos de los Apóstoles lo relatan. Sobre todo, las palabras finales de Cristo Resucitado con las que **Mateo** cierra su Evangelio lo confirman con fuerza: “Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos” (28,19).

Lo que hoy nos parece completamente normal, es decir, un cónclave al que asisten 133 cardenales de 71 países diferentes, o una Plaza de San Pedro donde convergen peregrinaciones de todo el mundo durante el Año Jubilar, en realidad, supone un legado misionero que abarca décadas, o siglos, en el que han participado hombres y mujeres, miembros de órdenes religiosas o asociaciones laicas, que han dedicado sus vidas a difundir el Evangelio hasta los confines de la tierra.

Testimonio heroico

De diferentes maneras, según el lugar, pero, sobre todo, según el momento histórico; no exentos de culpa por ser cómplices de la violencia de la colonización, pero también capaces de un testimonio heroico, a veces hasta el martirio. La historia de la misión cristiana nos ofrece continentes enteros en los que diferentes culturas dan

al Evangelio nueva vitalidad y un nuevo impulso, pero al mismo tiempo nos exige afrontar cuestiones cruciales y desafíos sin precedentes.

Sin embargo, también es cierto que en este momento el impulso misionero que caracterizó los siglos de descubrimientos de nuevas tierras y las grandes migraciones ha entrado en crisis. La debilidad de las Iglesias históricas se refleja en una drástica disminución del número de misioneros, y el impulso del Vaticano II se ha debilitado. Al observar el estado actual de la misión en los diferentes continentes, vienen a la mente las palabras de Jesús: “La mies es mucha, pero los obreros pocos” (Lucas 10,2). Si el Papa León lleva a la Iglesia hacia un nuevo impulso misionero, las órdenes misioneras y las asociaciones de voluntarios estarán llamadas a replantear profundamente su enfoque hacia los miles de millones de seres humanos que aún tienen hambre, no solo de pan y de Dios, sino también de justicia y libertad.



Fotografía cedida por el Programa Mundial de Alimentos que muestra personas desplazadas, recibiendo comida en un refugio en Puerto Príncipe (Haití)

Nuevas tierras de misión

La vocación 'ad gentes' se fortalece en la actualidad desde la resiliencia y la innovación

GABRIELLA BOTTANI Y LUCIA CAPUZZI, Periodista de «Avenire»

“**P**ara cuando escuches este mensaje, probablemente ya estarás durmiendo. Quería responder antes, pero tuvimos que enterrar a una mujer de 29 años que acababa de dar a luz. No sé de qué murió. Aquí, la gente simplemente muere. Los niños no sabían qué hacer y vinieron a nosotros llorando. La hermanita había nacido cuatro días antes. Quizás la acoja una tía que tiene un bebé de seis meses y puede amamantarla. Estamos intentando encontrar un sitio para los demás niños. Así que no tenemos tiempo ni para llorar porque en esta tierra, si no luchas, no vives. A veces desearía poder fortalecer un

poco mi sistema inmunológico emocional, otras veces espero que nunca suceda”. Es el relato de un día cualquiera de una misionera en una periferia del mundo. Literalmente. La hermana **Luigina Coccia** vive en el barrio de Refugiés de Anse en Pitre, en el sureste de Haití, a diez minutos de la frontera con República Dominicana. Un punto de paso, cada vez más angosto por las políticas rígidas adoptadas por Santo Domingo para cientos de miles de refugiados de la guerra interminable y no declarada en Puerto Príncipe.

Sin embargo, las fronteras físicas no son las únicas que la hermana Luigina cruza continuamente. La monja combo-

niana forma parte de una comunidad misionera intercongregacional fundada en 2010 para responder conjuntamente a la emergencia tras el terremoto. Está compuesta por tres religiosas de diferentes congregaciones. **María del Carmen Santoro González**, de las Maestras Católicas del Sagrado Corazón, y **Clemencia Rodríguez**, misionera mercedaria de Barcelona, viven con ella. “En esta experiencia, se nos pide ir más allá de nuestras identidades de carisma y congregación, aunque sin borrarlas, para crear nuevas formas de comunión dentro de la vida consagrada y dentro de la Iglesia”, explica la misionera. “La

fraternidad nace donde la alteridad es más pronunciada. Aprendemos a distinguir la esencia del carisma de las formas en que se expresa, que pueden transformarse. Nos une la Palabra de Dios y nuestra pasión por los más pobres. Esta experiencia puede iluminar la renovación de la vida religiosa”, insiste. No es casualidad que este modo innovador de habitar la consagración y el mundo se haya desarrollado predominantemente en el universo misionero femenino, siempre laboratorio de experimentación.

“Misión”, un término difícil de definir. Su riqueza de significados corre el riesgo de oscurecer su verdadero significado. La comprensión teórica quizá no sea suficiente. Para ser un “dabar”, una palabra generadora en el sentido bíblico, libre y liberadora, debe encarnarse en gestos, acciones y vidas creíbles. Debe convertirse en testimonio. Es decir, debe entablar relaciones. Por eso, la misión está en el corazón de la experiencia cristiana. “Dios mismo”, explica **Nicoletta Gatti**, biblista de la Universidad de Ghana, “es misión en cuanto comunica ese encuentro –y los otros que se fundamentan en él– que crea y transforma. Humaniza a Dios y transforma al ser humano porque se lo revela a sí mismo. La misión, por lo tanto, es más que un concepto, una estrategia o un hacer. Es un ser”.

Ser una relación, ser un diálogo, ser un encuentro. Estar presente. Esto se ha hecho aún más evidente en el actual cambio de época en el que la Iglesia ha aprendido que el Evangelio no se “lleva”, sino que se descubre en sus semillas esparcidas por el mundo, cuidándolas y haciéndolas crecer juntas. Como afirma el teólogo anglicano **Rowan Williams**, se trata de descubrir dónde actúa el Espíritu y unirse a su acción. Todos los bautizados –enseña el Concilio– son, por tanto, misioneros. Esto no excluye que algunos dediquen su vida a dar testimonio del Evangelio en otras partes del planeta. La llamada *missio ad gentes*, expresión latina que significa “misión a los pueblos” o “misión a los gentiles”, y que se refiere a la actividad misionera de la Iglesia, sigue hablando con fuerza omnipresente al planeta menguado de la era global.

Lo que la hace relevante hoy es el movimiento en salida que la caracteriza: un impulso físico que se vuelve espiritual. Acercarse a los demás, a quienes difieren en cultura, religión, ubicación geográfica, condiciones de vida u orientación sexual y distanciarse de lo conocido –fun-

damento de la misión– se convierte así en un estímulo constante para la Iglesia y todos los cristianos. Ese viaje es hacia la alteridad, hacia lo no habitual o lo familiar. Conscientes de que toda existencia humana es “un lugar teológico”.

Nuevas tierras de misión pueblan el horizonte del siglo XXI: la soledad y la miseria de las grandes ciudades, un modelo económico y social que genera desigualdades y refuerza las asimetrías de poder, la ampliación de la brecha entre migrantes y ciudadanos, mujeres y hombres, empobrecidos y ricos, niños y adultos, formas cada vez más innovadoras de explotación humana, los fragmentos más crueles e invisibles de la Tercera Guerra Mundial en curso y por partes, la privación de derechos a la que están condenadas clases sociales enteras, la injusticia que aboca a la pobreza a poblaciones enteras del planeta, la Creación desgarrada por la codicia humana...

Descentralización

¿Cómo alcanzar estas realidades? El reto es transformar la salida al exterior en una verdadera descentralización, liberando la misión de los residuos colonialistas y eurocéntricos del pasado y de las tentaciones de nuevos paternalismos. “Bajar de las carabelas” es la imagen que suele usar la Iglesia latinoamericana para referirse a la alianza entre la espada y la cruz que marcó la evangelización del continente. La inculturación –es decir, la inserción viva del mensaje cristiano en un contexto cultural– en el mundo actual debe ir de la mano de la interculturalidad entendida como un intercambio de pensamientos, acciones y experiencias entre diferentes culturas, todas comprometidas en un diálogo igualitario y abiertas a un proceso de transformación mutua. Ya no “para”, sino “con” y “entre” son las preposiciones en las que, junto con el “ad”, se funda la misión del siglo XXI. “Salir juntos” es la interpretación misionera de la sinodalidad.

Las mujeres son protagonistas naturales porque su doble marginación –social y eclesial– las ha hecho especialmente capaces de escuchar los gritos silenciados de quienes no tienen voz y asumirlos.

Las misioneras, implicadas en diversos servicios pastorales en las áreas de formación de pequeñas comunidades eclesiales, en la educación, la salud y la atención a los empobrecidos y marginados, especialmente cuando se han atrevido a ir más allá del modelo de

sacerdote-párroco, han experimentado formas organizativas claramente comunitarias. Lo han hecho en la práctica, sin teorizar excesivamente. Excluidas de la academia –de ahí cierta falta de estudios misiológicos para mujeres–, han desarrollado un enfoque teológico desde abajo, con una visión contextual casi instintiva basada en una experiencia transformadora: el encuentro con Dios en lo concreto de la vida cotidiana.

Precisamente esta flexibilidad de pensamiento y acción es necesaria en estos tiempos de creciente complejidad y violencia, en los que cualquier respuesta individual aislada resulta insuficiente. Las tierras a las que están llamados los misioneros no necesitan héroes solitarios, hombres y mujeres fuertes dispuestos a ayudar a los más débiles, a “salvarlos” con grandes proyectos y obras forjadas a su imagen.

Necesitan, en cambio, personas capaces de iniciar procesos, colaborar, abrir caminos para compartir y convivir en la diversidad. Las comunidades y redes intercongregacionales son un laboratorio de renovación misionera que se ha desarrollado dentro de la vida religiosa femenina. No es casualidad que la pionera de la red de religiosas contra la trata de personas sea **Lea Ackerman**, monja misionera de Nuestra Señora de África, quien hace cuarenta años fundó Solwodi, una ONG en la que varias congregaciones lucharon conjuntamente contra la trata de personas. Su llamamiento a la Unión Internacional de Superiores Generales desveló la tragedia de reducir a mujeres, hombres y niños a objetos de explotación. De esa semilla, en 2001, se forjó Talitha Kum, el modelo de respuesta colectiva de la vida consagrada femenina al flagelo de la esclavitud contemporánea. Su fuerza y capacidad de difusión residen, desde el principio, en el diálogo entre las líderes de la congregación y las monjas que participan en el trabajo de campo del que surgió la red. Juntas, ser –y permanecer– la alteridad y la marginación son los pilares sobre los que las mujeres construyen la misión contemporánea.

“Nuestra vida comunitaria, compuesta de trabajo, servicio mutuo y oración personal y colectiva, pretende ser una presencia de paz entre la gente y de intercesión. Por las personas que acompañamos. Por todos los pueblos. Porque Dios no abandona a nadie”, concluye Luigina Coccia desde Haití.

Santa “la madrecita” de la selva

La salesiana María Troncatti se entregó al pueblo Shuar amazónico

LAURA EDUATI / #SISTERPROJET

Al llegar al pequeño puesto misionero de Macas (Ecuador), tras ocho días de una peligrosa caminata por la selva, la hermana **María Troncatti** comprendió de inmediato cuál era la luz en la oscuridad: establecer la fraternidad entre los misioneros, los colonos blancos y el inaccesible pueblo Shuar amazónico. “En verdad, esta es tierra virgen, no saben que existe Dios”, observó. Primero se acercó a las niñas y a sus madres, convencida de que la educación y la evangelización de las mujeres traería paz y justicia a un lugar plagado de disputas y explotación. Y tenía razón. Fue beatificada en 2012 y será canonizada en octubre.

Hija de María Auxiliadora, la hermana María llegó desde Italia al Vicariato de Méndez en 1925. Con 39 años ya había experimentado la dureza de la vida en la montaña en su pueblo natal, Corteno Golgi, en la provincia de Brescia, y luego trabajó como enfermera de guerra en Varazze, Liguria. Sin embargo, el Amazonas logró impresionarla y conmovirla: “El panorama es hermoso, lleno de indígenas. Frente a nuestra casa tenemos el gran Sangai, el famoso volcán, el más grande del mundo. Se puede ver todavía humeando. Al pie de nuestro jardín hay un río enorme llamado Upano”, escribió en una de sus cartas a su familia en Italia.

Polifacética

Sus habilidades médicas fueron las primeras en ser apreciadas por los habitantes de la selva. “Soy dentista, cirujana, enfermera y doctora”, contaba. No había otra cosa. La suya era una labor necesaria ya que los colonos blancos empleaban a los shuar para trabajos forzados, pagándoles una miseria y tratándolos como esclavos. A su vez, los shuar, dispersos por la selva en diversas *kivarias*, resolvían los conflictos mediante la violencia. La hermana María los veía llegar heridos, mutilados por machete, a veces moribundos, luego los acomodaba en el pequeño botiquín (clínica) y, mientras les cosía las heridas o extraía balas, les susurraba palabras de consuelo mezcladas con el Evangelio. Para los colonos y los shuar, la evangelización al principio sonaba como una intromisión, pero gracias a esas manos sanadoras y a

esas palabras que los hicieron deponer las armas, la hermana María pronto se convirtió en “la madrecita”, la madre de todos, especialmente de las jóvenes. Tuvo la visión de enviar a las hijas de los colonos a la escuela junto con las jóvenes shuar, siguiendo el modelo salesiano de “evangelizar educando y educar evangelizando”. Cinco años después de su llegada, en 1930, gracias al cercano colegio salesiano para varones, una primera pareja shuar decidió casarse voluntariamente en una ceremonia cristiana, liberándose de los matrimonios concertados y la poligamia.

Confianza conmovedora

Las muchachas de la selva que se convirtieron al cristianismo se convirtieron en jóvenes niñeras, encargadas de llevar al internado a niños blancos abandonados y recién nacidos de la selva cuyo destino final era la muerte. Escribió: “Todos los kivari tienen una confianza conmovedora en nosotros”. En 1954, en Sucúa, un centro misionero junto con Macas y Sevilla Don Bosco, sor María, en colaboración con los salesianos, inauguró el primer hospital, llamado Pío XII, dedicado a atender a todos, incluidos los misioneros agotados por su larga labor en la Amazonía. Pero para ella no era bastante todavía. Así, a principios de los años 60, decidió que cada aldea shuar debía contar con un catequista y un ambulatorio para primeros auxilios. Junto a los salesianos, facilitó la obtención de los derechos políticos para los shuar, comenzando con la administración de Segundo Sevilla y posteriormente otros

centros habitados exclusivamente por indígenas. “Artesana de la reconciliación y de la paz”, como la describió Sor **Yvonne Reungoat**, Madre General Emérita del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, Sor Troncatti siguió siendo recordada incluso después de su repentina muerte en el verano de 1969, cuando se estrelló el avión que debía llevarla a Quito.

Cuarenta años después, de nuevo en Ecuador, Yolanda Solórzano Prisco, una mujer que padecía malaria grave, cayó en un coma irreversible. Sus familiares comenzaron a rezarle a la hermana María Troncatti. Al día siguiente, la señora Prisco abrió los ojos y sanó: un milagro para los médicos, así como para los miembros de la investigación diocesana que desde 1986 reunían las pruebas necesarias para su beatificación, celebrada el 24 de noviembre de 2012.

Tres años después, un nuevo caso inexplicable. Un indígena shuar llamado Juwa fue golpeado en la cabeza por una piedra de gran tamaño lo que le provocó una pérdida de masa encefálica. El señor Juwa fue trasladado al borde de la muerte al hospital de Macas donde fue operado y posteriormente dado de alta con el cuerpo inmóvil e incapaz de hablar. Entonces relató un sueño en el que la hermana María Troncatti le profetizó una curación completa, que se produjo al día siguiente, hasta el punto de que pudo hablar, caminar y trabajar de nuevo. Gracias a este segundo milagro, sor María Troncatti ha sido proclamada santa el 19 de octubre y recordada cada 25 de agosto.



De las periferias al Vaticano

Las religiosas misioneras llegan al gobierno de la Iglesia

ROMILDA FERRAUTO

La más conocida es, sin duda, la hermana **Simona Brambilla**, la primera Prefecta de un Dicasterio de la Curia Romana. Misionera de la Consolata, la hermana Brambilla pertenece a uno de los institutos fundados específicamente para la misión de anunciar el Evangelio, un instituto presente actualmente en 17 países. Pero la Prefecta no es la única. Hay varias monjas misioneras que ocupan puestos de responsabilidad.

La hermana **Rebecca Nazzaro** es la primera mujer que dirige la Opera Romana Pellegrinaggi, la Oficina para la Pastoral de las Peregrinaciones del Vicariato de Roma. La suya es una trayectoria curiosa. Formada en el Conservatorio de Santa Cecilia de Roma, la directora de la ORP era una joven y prometedor mezzosoprano del Coro de la Ópera de la RAI, la televisión pública italiana. Tras una vida dedicada al estudio de la música y a la composición de partituras, se unió a la orden de las Misioneras de la Divina Revelación, las monjas de hábito verde que han elegido transmitir el amor de Cristo al mundo a través del camino de la belleza. La hermana Nazzaro es la creadora y directora del proyecto “Catequesis con Arte” en las iglesias de Roma, y bajo su dirección, la ORP continúa combinando belleza, fe y hospitalidad, desafiando la tendencia del turismo excesivo. El 7 de marzo, en el Capitolio, sede del Ayuntamiento de Roma, recibió, junto con otras mujeres, el Premio RomaRose, un reconocimiento al talento femenino.

La lista también incluye a una dinámica Hermana de la Inmaculada, la brasileña **Regina da Costa Pedro**, directora de las Obras Misionales Pontificias de Brasil, la primera mujer en ocupar este cargo. Su nombre saltó a los titulares cuando el Papa **Francisco** la convocó en abril de 2024 para hablar, junto con otras dos mujeres, ante el C9, el Consejo de Cardenales que él mismo estableció. El objetivo: escuchar las voces de las mujeres para reflexionar sobre la presencia y el reconocimiento de las mujeres en la Iglesia. Esta es una práctica completamente nueva, señaló la Hermana Regina, quien cuenta con una rica formación en Italia: una maestría en Teología Dogmática, una licenciatura en

Teología, una licenciatura en Psicología y un diploma en Espiritualidad Misionera, sin mencionar una experiencia en Camerún.

Otra misionera brasileña, la hermana **Neide Lamperti**, misionera escalabriniana dedicada al servicio evangélico y misionero con los migrantes y refugiados más vulnerables, también tiene fuertes vínculos con África. Tras pasar 11 años en Angola, ahora coordina la Oficina para Migrantes y Refugiados y la Oficina contra la Trata de Personas de la Conferencia de Obispos Católicos del África Meridional (SACBC). Es una viajera evangélica que lucha contra los prejuicios y la discriminación.

Estar en misión con migrantes, subraya la hermana Neide, también significa combatir la construcción de barreras y la propagación del miedo al otro. En un libro, relata con pasión las historias reales de mujeres que han cruzado fronteras huyendo de la guerra. Ser mujer ya es un desafío en el continente africano debido a cuestiones culturales, sociales y de otro tipo, explicó la religiosa en una entrevista, y una mujer migrante o refugiada es doblemente víctima.

La hermana Lamperti no es la primera que ocupa un cargo de alto nivel dentro de la SACBC. En 2012, la misionera sudafricana **Hermenegild Makoro**, de las Hermanas de la Preciosísima Sangre, fue elegida Secretaria general de esta conferencia que reúne a los episcopados de tres países. La hermana Makoro ocupó este cargo durante tres mandatos. Además, goza de gran

prestigio en el Vaticano, donde, de 2015 a 2022, fue miembro de la Comisión para la Protección de Menores, un organismo donde la contribución de las mujeres se considera indispensable. Porque se puede ser influyente sin necesariamente ocupar cargos gubernamentales. Al igual que la hermana **Birgit Weiler**, alemana de las Hermanas Misioneras Médicas, fue elegida asesora teológica de la presidencia de la Conferencia Eclesial de la Amazonía establecida en 2020 en respuesta al clamor de los pobres y de la Madre Tierra. Weiler, quien reside en Perú desde 1990 donde enseña teología, es también miembro del grupo asesor teológico del CELAM, el Consejo Episcopal Latinoamericano, y miembro del consejo de la Secretaría General del Sínodo.

También está la Madre **Yvonne Reungoat**, monja francesa del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, quien, si bien no ocupa un cargo de responsabilidad, desempeña un papel de gran importancia. No es casualidad que su nombramiento en el Dicasterio para los Obispos junto con otras dos mujeres en 2022 fuera recibido como una pequeña revolución. Por primera vez, se asoció a distintas mujeres con la importante tarea de seleccionar obispos. La Madre Reungoat también llega con su experiencia misionera como ex superiora de la Provincia Africana “Madre de Dios” con sede en Lomé, Togo.

A la guía de la UISG, la Unión Internacional de Superiores Generales, desde mayo de 2025, está la **Hermana Oonah O'Shea**, australiana de padres irlandeses y miembro de la Congregación de Nuestra Señora de Sion. La nueva presidenta cuenta con una amplia experiencia misionera en Filipinas, donde también ayudó a fundar una ONG para el empoderamiento de las mujeres rurales pobres.

Daniel Ibáñez





Simona Brambilla,
en la Plaza de San Pedro de Roma

“No tengo derecho a una vida tranquila mientras haya un hermano que sufra”

Simona Brambilla es la primera prefecta en la historia de la Santa Sede

LUCIA CAPUZZI / #SISTERSPROJECT

“¿Qué significa ser misionera hoy?”. Preguntamos a sor Simona Brambilla, Prefecta del Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica y misionera de la Consolata con experiencia misionera en Mozambique.

“La misión es una llamada a participar en el dinamismo del Amor del Dios Trinidad que se desborda para crear, amar

y llamar a sus criaturas hacia sí para que participen plenamente de su alegría y las envíe a compartirla con otras criaturas. Esta llamada nos concierne a todos y todas: la Iglesia es misionera por naturaleza. En mi caso, como misionera de la Consolata, el carisma de la misión “ad gentes” en el signo de la Consolación define la respuesta a este llamada como salir del propio contexto y

cultura, ir y permanecer especialmente con quienes no conocen a Cristo; reconocer en la experiencia individual y del pueblo; y las huellas, las semillas y los frutos de la acción del Espíritu así como compartir el tesoro de la fe; y tender puentes donde diferentes experiencias y sabidurías puedan encontrarse, dialogar y caminar juntos hacia la Luz de Dios. Creo que hoy

necesitamos profundizar en caminos misioneros marcados por el reconocimiento de la humanidad común que nos hace hermanos y hermanas, por el respeto, el diálogo sincero y el intercambio de dones. El Papa **León XIV**, en su primer discurso el día de su elección, recordó estos temas”, responde sor Brambilla.

“¿Qué ha aprendido en concreto de su experiencia en Mozambique?”

“El don de la misión en Mozambique, concretamente entre el pueblo Macua, en el norte del país, me ha transformado profundamente”, responde.

“Llevo conmigo, con profunda gratitud, todas las ricas experiencias de esos años, las relaciones significativas que conmovieron y transformaron mi corazón, la riqueza de la sabiduría original Macua que me abrió nuevos horizontes humanos y espirituales, la reciprocidad de la evangelización y tantos otros dones que el Señor me ha concedido a través de mi encuentro con un pueblo con un alma tan vibrante, cálida, intensa y sensible. La misión fue y es esencialmente un regalo para mí, un gran regalo de Dios. Cuando me uní a los misioneros de la Consolata, pensaba que la misión era algo hermoso. Pero cuando la experimenté, descubrí que era mucho más hermosa de lo que había imaginado. Llegué a Mozambique en el año 2000. Tras los primeros meses que pasé en Maputo estudiando portugués y ayudando como enfermera durante las trágicas inundaciones que devastaron gran parte del país, me asignaron a una misión en el norte, en Maúta, provincia de Niassa, entre el pueblo Macua. Permanecí allí solo dos años, aunque volví periódicamente para realizar junto con la gente una investigación interdisciplinaria sobre la evangelización inculturada entre el pueblo Macua. Fue un período muy intenso y bendecido.

Tuve la gracia de conocer allí a misioneros y misioneras que no solo me acogieron y me guiaron por el entorno, la cultura y la pastoral locales, sino que también me abrieron el alma al significado más profundo de la misión. La población local me recibió con gran amabilidad, apertura y paciencia. Me quedé sin palabras al presenciar la capacidad de diálogo y de compartir de la gente, abriendo sus corazones a “una extranjera” que apenas hablaba portugués, aún no entendía la lengua macua, desconocía por completo la sabiduría y las tradiciones culturales del pueblo y venía del otro lado del mundo. Allí, poco a poco, descubrí la misión como un intercambio de dones, como

reciprocidad, como un camino de escucha, aprendizaje y reconocimiento, no solo de las semillas de la Palabra, sino también de los frutos que el Espíritu ha hecho crecer y madurar en el alma de las personas y de la gente. La misión se me reveló como un espacio dialógico en el que el Evangelio entra en relación fructífera con lo que Dios ya ha realizado en una persona o cultura, iluminándola, liberándola y llevándola a su plenitud. Comprendí más existencialmente la imagen que el evangelista Lucas nos presenta al compartir las palabras del Señor al enviar a los 72 discípulos: “La mies es mucha, pero los obreros pocos” (Lc 10,2). Sí, somos enviados como humildes y alegres segadores de la cosecha que Dios ha sembrado y hecho crecer, y que ya florece en el campo del corazón de cada persona y del pueblo (Jn 4,35-38)”.

“Usted prefiere definirse, ante todo, como ‘misionera’. Incluso el Papa León XIV, tanto antes como después de su elección, destacó su ser misionero. ¿Por qué sigue siendo necesaria la misión en un mundo globalizado, marcado por crisis culturales, ambientales y espirituales?”, preguntamos a la Prefecta.

“Todos y todas, como seres humanos, necesitamos ser amados libre, verdaderamente, fielmente, intensamente, respetuosamente y delicadamente”, responde. “Dios ama así: hasta el final, sin cansarse. Todos, más o menos conscientemente, anhelamos este Amor, pero también dejar que fluya y viva en nosotros y formar parte de él, de alguna manera. Cuántas veces el corazón humano es herido, incluso irremediablemente, por propuestas que presentan algún sucedáneo de ese amor dejando un vacío en el corazón, amargura en el alma y cicatrices en el cuerpo. Con demasiada frecuencia, dinámicas malsanas, completamente contrarias al amor, capturan en sus vórtices crueles vidas necesitadas de respeto, escucha y cuidado, encerrándolas en ciclos asfixiantes, destrozando deseos y sueños, pisoteando su dignidad y libertad. La misión, entendida como dije antes, es tan esencial hoy como lo fue ayer, porque el verdadero amor es esencial. Cuánto necesitamos recuperar el sentido profundo de nuestra humanidad, reconocernos como hermanos y hermanas en la humanidad, redescubrir que nuestra humanidad es ‘algo muy bueno’ (Gn 1,31). ¡Necesitamos ofrecernos mutuamente respeto, aprecio, amabilidad, sensibilidad, escucha, atención, aceptación, perdón, confianza, cariño y amor sincero!”.

“Pero como misionera, ¿qué ha aprendido sobre la Iglesia y la humanidad en

salida? ¿Y qué trae con usted para esta misión en Roma?”.

“No puedo separar mi vida de mi misión”, reflexiona. “Así, en este servicio, aportando lo que soy también apporto toda la experiencia misionera que el Señor me ha dado. La misión me ha abierto el corazón a la maravilla de reconocer la presencia de Dios y las semillas y los frutos de su Espíritu, en los pueblos, en las culturas, en las tradiciones religiosas, en lo más profundo de las personas con sus historias diversas, únicas y sagradas. Me ha abierto a la alegría del intercambio fructífero entre diferentes pueblos, a la experiencia de la interculturalidad dentro de la comunidad y con las personas a las que fui enviada, a la búsqueda conjunta, al diálogo interreligioso, a la belleza de construir juntos puentes por los que puedan transmitirse la sabiduría y la experiencia. Obviamente, todo esto conlleva dificultades, pero la vida y la belleza que estas interacciones desatan superan enormemente a las dificultades y les dan su verdadero significado. La misión también me llevó a experimentar, de manera existencial, el verdadero significado de ser Iglesia: la Iglesia existe para evangelizar, la Iglesia es misión, es la comunicación del amor de Dios para todos, es salir a las periferias y las periferias más periféricas son aquellas donde el Evangelio es desconocido y donde los corazones, a menudo por heridas y dolores profundos, no están todavía abiertos a acoger a Jesús”.

Y continúa con su reflexión: “La misión me ha inspirado a seguir un camino de sencillez y esencialidad que siento la necesidad de renovar cada día. Frente a hermanos y hermanas empobrecidos y privados de lo necesario para una vida humana digna, me siento interpelada a despertar de mi letargo, a abandonar mis quejas, a no permitirme acomodarme. Siento que mientras un hermano o una hermana siga sufriendo, abandonado, bajo el peso de la guerra, la violencia, el abuso, la indiferencia y la explotación, no tengo derecho a vivir una vida ‘tranquila’. Además, la experiencia misionera ha despertado en mí una nueva sensibilidad hacia la pequeñez, la fragilidad y la vulnerabilidad como lugares donde Dios ama habitar y desde donde ama evangelizar, lejos de los parámetros de la grandeza, la visibilidad, el poder y la dominación”. “Me parece que todo esto puede tener implicaciones para este servicio a la vida consagrada, que, sea cual sea su forma de expresión, siempre lleva consigo una dimensión misionera”, remata la prefecta.

Construir la paz... con una economía alternativa

Silvia De Munari trabaja en aras de la reconciliación en Colombia

VITTORIA PRISCIANDARO / PERIODISTA «CREDERE» E «JESUS», PERIÓDICOS SAN PAOLO

Las pasiones juveniles, como nutrir la vida, afrontar las inquietudes o forjar relaciones que abarcan todo el mundo, pueden hacerse realidad. **Silvia De Munari** tiene 38 años y nació en Bolzano Vicentino, un pueblo de la provincia de Vicenza. Siendo más joven, conoció Latinoamérica a través de libros y noticias. Hoy, ha echado raíces en la Comunidad de Paz de San José de Apartadó, Colombia. “Había leído mucho sobre Latinoamérica y con los misioneros javerianos de mi pueblo siempre hablaba de este lugar. Ya no me bastaba con simplemente recopilar información o escuchar historias de sufrimiento en esos lugares lejanos; quería ir y verlo con mis propios ojos”.

Esta motivación la llevó a enseñar italiano a menores no acompañados en una de las instalaciones de la Asociación Comunidad Papa Juan XXIII (Apg23) en su pueblo; a ser voluntaria de Cáritas con personas sin hogar; o a realizar misiones de dos meses en las afueras de Bogotá y, posteriormente, a un año de servicio civil en Chile, tras graduarse en Ciencias Políticas con especialización en Sociología. “Es el deseo de explorar un poco más a fondo este mundo, tan hermoso, pero tan dramáticamente pobre, especialmente en valores”. Cuando conoció el proyecto Operazione Colomba, una propuesta abierta a todos para participar en operaciones no gubernamentales de mantenimiento de la paz en zonas de conflicto o emergencias

ambientales, Silvia supo que era el camino que buscaba: “Si con pequeñas acciones puedo ayudar a evitar que la gente muera, estoy dispuesta a hacerlo. Me siento como una gota de justicia en un mar de injusticia global”.

La experiencia que actualmente vive como promotora de paz, tras un año de voluntariado y la formación necesaria, se desarrolla en la Comunidad de Paz de San José de Apartadó, en el noroeste de Colombia, una zona rica en minerales y recursos naturales. Las camisetas naranjas que visten Silvia y los demás promotores de paz son una clara señal de los grupos armados presentes en la zona: paramilitares, el ejército y grupos vinculados al narcotráfico. El mensaje –“Aquí hay trabajadores internacionales, pasaportes que 'valen más', no disparen”– sirve para acompañar a los miembros de la comunidad por los caminos arrieros donde se cultiva cacao o durante las asambleas de esta organización profética, fundada por gente sencilla con valores profundamente arraigados.

“Se trata de una comunidad campesina que en 1997 (gracias también a la visión y la guía del obispo de la ciudad de Apartadó, **Isaías Duarte Cancino**, quien posteriormente fue asesinado en 2002, y del teólogo jesuita **Javier Giraldo**) ante la disyuntiva de marcharse o implicarse en el conflicto armado, intentó encontrar una alternativa. Decidieron vivir en medio de la guerra sin participar en ella. Se inspiraron en la

Convención de Ginebra y así San José se convirtió en zona neutral y luego en Comunidad de Paz”. Apoyados también por la Iglesia local, los campesinos tuvieron una visión que ahora está siendo estudiada por políticos, embajadores e investigadores. La decisión de construir la paz mediante la no participación en la guerra, explica Silvia, tiene mil facetas: “Implica no disparar y también construir una economía alternativa ajena al conflicto, es decir, no cultivar coca, sino cacao orgánico, cuidar el medio ambiente y confiar en empresas que no sean intermediadas por grupos sospechosos para su comercio”. Y, sobre todo, significa pagar el precio personalmente –más de 300 miembros de la Comunidad de Paz han sido asesinados– y no aceptar la compensación económica ofrecida por el gobierno colombiano. “La Comunidad plantea un discurso ético y moral muy elevado: nadie tiene el poder de asignar un valor económico a la persona asesinada. Justicia significa celebrar un juicio para averiguar, no tanto el nombre del soldado o paramilitar que los mató físicamente, sino el de la persona que ordenó el asesinato de mi hermano, mi padre, mi familia”.

Regresar a Italia, de vez en cuando, es para la joven un momento para volver a la base, a una familia que ha compartido plenamente sus decisiones. “Somos cuatro, dos hermanas y dos hermanos. Mi madre siempre decía: ‘Manteneos unidos y haced lo que consideréis correcto en la vida’. Mis padres son gente sencilla y siempre nos dejaron la libertad de seguir nuestro propio camino. Mi hermano está en la Operación Mato Grosso”. Además de dos padres inteligentes, Silvia también tuvo una suerte particular. “Desde preescolar hasta la secundaria, tuve la suerte de tener un niño con síndrome de Down en mi clase y con él aprendimos nuevas maneras de acercarnos a la gente. Es una riqueza que comprendí a medida que crecía”. Otro “momento afortunado” fue “una rotura de ligamentos cruzados: jugaba al baloncesto en segunda división así que, durante el descanso forzoso, comencé a reflexionar y me di cuenta de que quería hacer algo diferente en la vida”.



Silvia de Munari, con algunos de los niños a los que acompaña en su proyecto misionero

Mi Jerusalén, espacio de humanidad

Una religiosa comboniana comparte su experiencia de misión en Tierra Santa

MARIOLINA CATTANEO

Tras vivir en Jerusalén poco más de un año, no puedo evitar preguntarme cómo desde este rincón del mundo, una zona periférica del Imperio Romano, surgió un movimiento tan intenso que sigue siendo decisivo en el siglo XXI. El mensaje que comenzó con las aventuras de un hombre llamado **Jesús** y sus compañeros por los caminos de Galilea, Samaria y Judea, se convirtió en un mensaje de esperanza que se extendió por todo el mundo, influyendo en la historia de la humanidad. La proclamación de la Buena Nueva del Reino de Dios, del cuidado de Dios por la humanidad, ha sido la misión central de los seguidores de Jesús durante dos milenios, aunque vivida e implementada de maneras muy diferentes y no siempre de las que consideramos significativas hoy. El Concilio Vaticano II, con el redescubrimiento de la misión como tarea de toda la Iglesia, supuso verdaderamente un cambio trascendental, especialmente para los institutos misioneros que comenzaron a buscar nuevos caminos para expresar su identidad y realizar el carisma particular para el cual habían sido fundados: el anuncio del Reino de Dios, que en el pasado se realizaba en las llamadas “tierras de misión”, ahora pertenece a la naturaleza misma de la Iglesia (cf. AG 2).

El sueño de Dios

El aspecto revolucionario de este redescubrimiento abarca dos aspectos. Por un lado, cada discípulo de Cristo asume la responsabilidad de proclamar y construir la Buena Nueva del Reino, el sueño de Dios para la humanidad, es decir, vida en plenitud, vida en dignidad y paz y vida en la eternidad. Por otro lado, en los años posteriores al Concilio, el concepto de misión para el Reino se ha transformado en una idea de evangelización que concierne a todo tiempo y lugar: desde la evangelización de la cultura por parte de **Pablo VI**, pasando por los nuevos Areópagos a los que se refería **Juan Pablo II**, hasta la conversión pastoral y misionera de la Iglesia en salida de **Francisco**.

Para la vida misionera de las mujeres, esto ha traído consigo nuevas oportunidades. Quisiera centrarme en dos aspectos en par-



Mariolina Cattaneo, en unas excavaciones en Tierra Santa

ticular, sin pretender expresar todo lo que podría decirse en solo unas pocas líneas.

Ante todo, para nosotras, mujeres consagradas a la misión, el aspecto “ad extra” es fundamental. Dejarnos guiar continuamente más allá de los confines de lo conocido y familiar para adentrarnos en el arduo camino del encuentro con los demás es un viaje constante de encarnación que nace del deseo de salir de nosotras mismas, no solo para experimentar, sino para vivir, para transformarnos, para construir puentes, lugares de encuentro y espacios de convivencia. De ello se desprende que esta es una actitud de vida, un “ad vitam” que nos exige cultivar en nosotras un sentido de permanencia, precisamente en la naturaleza transitoria de toda “misión”. La permanencia está en el camino y sobre el camino como una elección de permanecer en el sendero y ser caminantes de por vida.

La misión de las mujeres se caracteriza por la dimensión de la periferia como lugar de transformación, permaneciendo fuera de las categorías predeterminadas de las instituciones, incluidas las eclesásticas, para reconocerse como espacios de búsqueda y crecimiento. Lo que nos caracteriza es precisamente la capacidad de encontrarnos con la realidad, hacerla nuestra y contribuir a la transformación necesaria a través de procesos compartidos con individuos y comunidades.

Ya sea cuidando a los enfermos o enseñando en las escuelas (como era predominante en el pasado), o en nuevas formas de misión, como la atención y el cuidado de la creación mediante proyectos de agricultura alternativa, el apoyo a las víctimas de la trata de personas, la formación de líderes locales e internacionales, proyectos de empoderamiento o la lucha por los derechos mediante, la vida misionera de las mujeres se fortalece con las dimensiones que caracterizan el deseo de construir el Reino.

Partiendo del reconocimiento de que el ser humano común ha sido herido y aplastado, se reaviva el deseo de posibles caminos para promover la vida, porque cada vida es preciosa y forma parte del sueño de Dios.

Apasionadas

En definitiva, el Reino de Dios es la dimensión predilecta: construir un espacio de humanidad para cada persona creando las condiciones con el fin de generar espacios de esperanza, vida y atención ante cada situación de sufrimiento.

La misión de las mujeres puede adoptar distintas formas, pero su verdadero rostro es el de un amor inmenso, apasionado y poderoso, que es el amor de Dios que se hace carne, caricia, contacto, enseñanza, lucha y esperanza.

“No me siento una heroína”

Sor Francesca Allasia comparte su experiencia evangelizadora en Mongolia

MARIE-LUCILE KUBACHI / RESPONSABLE DE RELIGIÓN EN «LA VIE»

Sor Francesca Allasia, misionera de la Consolata de 37 años, ha pasado dos años y algunos meses en Mongolia. Ha regresado a Italia para prepararse para la profesión perpetua. Entre tanto, comparte con nosotras su experiencia.

Sor Francesca, ¿nos puede contar cómo una joven turinesa termina dando un paso al frente para acabar como misionera en Mongolia a sus 34 años?

Es una larga historia (risas). Mi familia es católica, mis padres pertenecen a la Tercera Orden Franciscana desde hace muchos años y mi hermano está vinculado al mundo salesiano. Crecer en la fe, expuesta a diferentes espiritualidades, ha sido una gran riqueza para mí. Desde pequeña he sentido la alegría de dar. De niña me encantaba preparar regalos para familiares y amigos y, al crecer, descubrí el

placer de los regalos intangibles como el tiempo, la escucha y la ayuda. Empecé a participar en las actividades parroquiales y, al mismo tiempo, mi amor y mi relación personal con Dios fueron creciendo.

¿Por qué eligió en un determinado momento consagrarse como religiosa en un Instituto eminentemente misionero?

¡Ha sido un largo camino! Sobre los 17 años viví una experiencia que se tornó en crucial. En aquel entonces, participaba en las actividades del oratorio salesiano cerca de mi casa, en nuestra parroquia, pero mi corazón me decía que el oratorio era demasiado pequeño, y seguía sintiendo ese deseo de dar, de hacer algo por los demás. Quizás fue el Espíritu Santo, pero de repente se me ocurrió que necesitaba encontrar un grupo misionero. En mi corazón, con el entusiasmo y la energía de un joven de 17 años, pensé que, si necesitaba

un lugar grande, tenía que ser tan grande como el mundo.

De ahí su encuentro con los misioneros y las misioneras de la Consolata, que siempre se han caracterizado por estar volcados en la ‘mission ad gentes’...

Exactamente. Acudí a varios grupos misioneros y así buscando di con el Centro de Animación Misionera de los misioneros de la Consolata en Turín. Intuí que quizás ese era el lugar que buscaba, así que comencé el camino en un grupo de jóvenes. Mientras estudiaba filosofía en la universidad, seguí frecuentando ese lugar que se había convertido en mi segundo hogar. Fui animadora, participaba en el coro, en las escuelas, en la formación: ¡hacía todo lo que se podía hacer! Escuché los testimonios de los misioneros, que para mí eran personas hermosas y singulares. Su elección de vida me parecía única. No conocía la misión, así que todo era nuevo para mí y mi corazón vibraba atraído por lo que escuchaba.

Preguntas existenciales

¿Albergaba ya el deseo de convertirse en religiosa?

¡Para nada! Me apasionaba la filosofía. Siempre había albergado muchas preguntas sobre el sentido de la vida y de Dios. Así que comencé a estudiar a hombres y mujeres que habían dedicado su vida a responder a estas grandes preguntas existenciales, con especial atención a la filosofía de las religiones. Mis dos tesis versaban sobre la relación con los demás, con uno mismo y con Dios, a través de pensadores como Emmanuel Lévinas, Martin Buber y Søren Kierkegaard. Después me especialicé en filosofía intercultural y me apasionaba la fenomenología del don. Tuve una vida estudiantil plena, feliz y ocupada, nutrida por el ejemplo de mis padres, quienes llevaban muchos años casados.

¿Qué sucedió después?

Yo también anhelaba una familia y muchos hijos. Pero, por otro lado, no podía dejar de pensar en los testimonios de personas que habían dado su vida por la misión y por el Señor. Pedí conocer la vida de las Misioneras de la Consolata, aclarando que no quería ser monja en absoluto, pero que me interesaba comprender qué impulsaba a estas mujeres a dejarlo todo y seguir al Señor en tierras lejanas y en lugares difíciles entre las personas que Dios les había dado. Con el tiempo, comencé a sentir que quizás yo también estaba llama-



Francesca Allasia, durante una celebración

da a esa decisión de vida única porque sentí una alegría y una plenitud que nunca antes había sentido. ¿Y si el Señor me llamaba no solo a donar mi tiempo, a escuchar, a ayudar, sino a convertirme por completo, a lo largo de mi vida, en un don para los demás? Con estas preguntas en el corazón y frecuentemente llevadas a la oración, en 2012 partí para una experiencia en Kenia en las comunidades de las Misioneras de la Consolata. Durante los tres meses que estuve allí, sentí que estaba en el lugar correcto. No geográficamente, sino como una elección vital.

Llamada a partir

¿Cómo pasó?

Recuerdo ese día como si fuera hoy. Una hermana y yo teníamos que llevar hostias consagradas de una parroquia en obras a la capilla de nuestra comunidad. Mientras caminábamos, cantábamos alabanzas, y en un momento dado, la monja me preguntó si quería llevar el copón. Estábamos en un punto del camino desde el cual no se veían ni la rectoría ni la misión. No había nadie alrededor, solo arbustos espinosos, tierra y silencio. Pensé que, ya que el Señor, con su mayor gesto de amor, se pone en nuestras manos, podemos ser las manos del Señor. Donde no hay nada ni nadie, en los desiertos de la humanidad, a quienes aún no han encontrado a Cristo, debemos llevar una presencia de amor y consuelo, para que ellos también

puedan experimentar el amor infinito. En ese momento, comprendí que yo también estaba llamada a partir.

En 2022 su Congregación la envió a Mongolia. Fue su primera experiencia de largo plazo más allá de las fronteras italiana. ¿Qué descubrió de la misión?

Tuve la gracia de ir a una tierra de primera evangelización. Mongolia me hizo sentir inmediatamente como en casa. Naturalmente, al principio una se siente un poco abrumada y experimenta cierta soledad, porque no puede comunicarse. Se quieren decir tantas cosas, pero no se puede, porque aprender mongol es difícil, por no hablar de adaptarse al clima. De repente, uno se siente como un niño o, mejor dicho, con la mente de un adulto y las destrezas de un niño. Esto es evangélico y misionero, porque el misionero es un huésped y un peregrino; no debe estar tan lleno que no tenga espacio para acoger nada más.

¿Qué ha aprendido de su experiencia en estos años en Mongolia?

El pueblo mongol, por definición, es fuerte, generoso y valiente además de muy observador y capaz de discernir si lo amas de verdad o no. Para ellos, los gestos están cargados de significado y de cierta ritualidad. Descubro cada día, en cada momento, en cada circunstancia de la vida, que la misión requiere una constante conversión del corazón, abierto a recibir. Y, sobre todo, que la misión es de Dios, y que

confiar solo en nuestras propias fuerzas no serviría de nada. Ahora miro la vida, a mí misma y mi camino de una manera diferente, con más sinceridad. No como una superheroína, no como una persona perfecta, sino como la Francesca que, en su pobreza y fragilidad y con sus dones, sigue a su Amigo y Esposo para ser, con su gracia, hermana y madre para todos. Mongolia ha cambiado mi corazón.

¿Puede compartirnos alguna experiencia significativa más concreta de cómo la misión ha cambiado su vida?

Un día subí a un taxi y pagué, sujetando el dinero con fuerza entre los dedos, como se hace en Occidente. El taxista me regañó diciendo: "El dinero se da abiertamente". En otra ocasión, un hombre borracho se me acercó en el autobús y, al ver mi crucifijo, me preguntó si podía sujetarlo. Un poco asustada, le pregunté: "¿Eres peligroso?". Respondió: "No". Entonces tocó mi crucifijo, lo acarició, guardó silencio un momento, luego le dijo algo que no entendí y me dio las gracias. Nunca he olvidado a ese hombre porque me hizo comprender que los misioneros están para ayudar a la gente a encontrar al Señor. Pero lo que sucede entre Dios y la gente concierne a la historia personal de cada persona. La misión no se compone de grandes cosas, sino de momentos cotidianos, de relaciones vividas con una intensidad particular de amor. Y esto las hace ya habitadas.



Una mano en la oscuridad del mar

Viviana Di Bartolo es socorrista de migrantes en el Mediterráneo a través de la ong SOS Humanity

LIDIA GINESTRA GIUFFRIDA

Viviana Di Bartolo es una mujer laica que cada vez que se lanza al mar y rescata a una persona defiende el respeto por el valor más sagrado: la vida humana. “Soy la coordinadora de búsqueda y rescate en el barco *Humanity 1* de la ONG alemana SOS Humanity. Llevo dos años y medio en este barco, pero llevo unos ocho trabajando en rescates”, explica mientras enrolla unas cuerdas con las manos.

En primer lugar, “Ser rescatista se convirtió inmediatamente en una misión para mí. No lo considero un trabajo. Lo que hago se ha convertido en mi vida y me identifico con ello”, continúa esta mujer fuerte y valiente. “Desde una perspectiva humana, ayudar a quienes lo necesitan en el mar me llena y me motiva enormemente. La crisis humanitaria no ha terminado porque este año se han registrado muchas muertes, también y, sobre todo, debido a las políticas restrictivas implementadas por los estados europeos.

El hecho de que estemos aquí, de que yo me haya formado y forme a mi equipo para responder con prontitud en estas situaciones, me hace darme cuenta cada día de que nuestra presencia es vital en el Mediterráneo. Evidentemente no podemos resolver una situación mucho más delicada y de mayor alcance, pero a lo largo de los años hemos salvado a muchas personas de ahogarse en el mar”.

Siciliana de nacimiento, Viviana Di Bartolo tiene 44 años y dos hijos la esperan en casa cada vez que va de misión. “La primera fue en 2017. Era todo nuevo para mí y lo quería. Estaba tan ansiosa que pensé que no estaría a la altura. Pero desde el primer rescate, que fue trágico y con varias vidas perdidas, me di cuenta de que pude mantener la calma, controlar mis emociones y mantener la mente despejada. Sabía que quería seguir rescatando personas en el mar”.

Tras muchos años como socorrista y especializada en derechos humanos y protección internacional, Di Bartolo comenzó a trabajar en campos de refugiados. Luego vinieron los grandes naufragios de 2013,

la Operación Mare Nostrum, que duró tan solo un año, e inmediatamente después los barcos humanitarios obligados a cubrir el vacío dejado por los Estados en el Mediterráneo central.

“Empecé a trabajar como rescatista en los botes salvavidas de barcos humanitarios casi de inmediato”, explica. Ser rescatista significa lanzar los botes al agua y acudir en ayuda de las personas en peligro, entregándoles chalecos salvavidas, ofreciéndoles sus brazos y ayudando a los naufragos a bordo. Luego, verificar que no haya casos médicos y, si los hay, coordinar las labores de reanimación en el barco o en el bote salvavidas: “A veces hemos reanimado a personas que se estaban ahogando o en paro cardíaco y respiratorio mientras ya estaban en los botes salvavidas”, explica Di Bartolo. “Ser rescatista significa tender la mano a quienes lo necesitan, porque cuando encuentras estos botes en la oscuridad del mar, completamente perdidos con seres humanos solos, asustados y bajo un estrés físico y mental extremo, te das cuenta de que lo único que hay que hacer es ofrecer ayuda”, añade.

El lado negativo de estar en el mar es que deja atrás parte de tu vida privada. “Sientes que vives dos vidas paralelas. A veces siento que solo puedo compartir lo que pasa en el mar con quienes están conmigo en el barco”, está a punto de concluir. Entonces se detiene, señala el puente de mando, cierra los ojos y pregunta: “¿Sabes qué me impulsa a seguir adelante? El recuerdo de un rescate en 2017, cuando perdimos tantas vidas, unas cincuenta o más. Logramos reanimar al menos a 15 personas que fueron rescatadas del agua y ya estaban en paro cardíaco, muchas de ellas niños pequeños. Perdimos a la madre de un recién nacido que fue rescatado. Estuve allí, en el puente de mando, toda la noche con este bebé de seis meses en brazos sola mientras el cuerpo de su madre estaba a bordo esperando a ser desembarcado”.

Solo el pasado mes de septiembre SOS Humanity llevó a cabo tres rescates en aguas italianas con 113 supervivientes, en una operación en la que lamentablemente fallecieron tres personas. Las tres embarcaciones estaban abarrotadas y no estaban en condiciones de navegar. Ninguna de ellas contaba con equipo de rescate ni de navegación. La segunda era una lancha neumática que ya se había desinflado al momento del rescate. La tercera ya se encontraba en aguas poco profundas.



Viviana Di Bartolo, con un niño rescatado

Vocaciones para proteger los derechos humanos

Así se forman las futuras misioneras combonianas en Brescia

ANTONELLA MARIANI / #SISTERSPROJECT

Se llaman **Gisele**, **Carmen**, **Tiresa** y **Nenita**... Son seis y hablan los idiomas de otros tantos países de África y Sudamérica: Chad, Congo, Mozambique y Brasil. Llegaron a Brescia hace un año, en otoño de 2024, para asistir al recién creado Noviciado Internacional establecido por las Hermanas Misioneras Combonianas en la tierra natal de su fundador, San **Daniel Comboni**. Su formación, junto con la de otras dos hermanas, está dirigida por la hermana costarricense **Maureen Mora**, de 51 años, y la hermana eritrea **Azezet Kidane**, de 68. Una mezcla de historias, culturas, sensibilidades y edades, que comparten un denominador común: el deseo de responder a una vocación misionera. Sí, pero ¿qué misión en el mundo actual, un mundo donde la jerarquía ha sido desplazada en favor de la corresponsabilidad, donde la evangelización se lleva a cabo en cuestiones relacionadas con los derechos y el desarrollo humano integral? ¿Y qué contribución específica hacen las mujeres? El Noviciado Internacional ofrece respuestas claras e inequívocas a estas preguntas.

San Daniel Comboni, nacido en Brescia en 1831 y fallecido a los 50 años en Sudán, primer obispo católico de África Central y uno de los más grandes misioneros de la historia de la Iglesia, reveló su secreto en un escrito, “basado en una larga experiencia”, o más bien en una “verdad”: “Dos sacerdotes con seis monjas en una misión en África Central serán más útiles que una misión con doce sacerdotes y ninguna monja”. Además, “el misionero lograría poco sin la monja”.

Esta valoración de las mujeres como misioneras se traduce en la labor concreta de las hermanas combonianas: “Nuestra prioridad es el avance de la mujer, como nos enseñó nuestro fundador”, afirma la hermana Maureen, quien dirigió una escuela para niñas en Mozambique con el objetivo de romper el círculo vicioso de la pobreza mediante la educación. “Quien educa a una mujer, educa a un pueblo”, sostiene.



Profesión de una misionera comboniana

Las jóvenes que asisten al Noviciado para convertirse en combonianas se forman en la vida comunitaria sin jerarquías rígidas, en el trabajo en equipo y en la atención a las necesidades de los más vulnerables. “La misión está dondequiera que estés y haya alguien que te necesite”, comenta la hermana Azezet, quien llegó a Brescia tras muchos años trabajando con mujeres migrantes en Israel. La naturaleza específica de las combonianas, incluidas las seis que se convertirán en combonianas, es “ser mujeres protectoras de mujeres” dondequiera que sean explotadas, ignoradas, vilipendiadas y marginadas. Además, el programa de formación de novicias en Brescia también aborda temas como los derechos humanos, la protección de menores durante la migración, la ecología integral y la Inteligencia artificial.

Transición ideal

Pero la misión de las seis novicias ya ha comenzado en Brescia, en una transición ideal del Sur al Norte del mundo, antes de regresar a ese Sur que clama por mujeres de fe y de cambio social como ellas. Es en la ciudad lombarda donde, durante dos años de preparación, aportan su entusiasmo como amantes de **Jesús** y de la humanidad, su fe viva como jóvenes africanas y sudamericanas. “Cantan en coros

parroquiales y sus canciones, enriquecidas por el sonido de diversos instrumentos, infunden alegría y vitalidad.

Sirven comidas en comedores sociales y prestan servicio de escucha a inmigrantes. Transmiten esperanza a todos. Y al mismo tiempo, de esta Iglesia, aprenden los fundamentos de la fe”, continúa la hermana Maureen. Sin jerarquías, sin autoridad: en la casa de Brescia, todas son hermanas y comparten las mismas tareas. “Todas son responsables las unas de las otras. Esto nos ayuda a crecer en nuestro sentido de pertenencia”, explica con claridad la hermana Maureen.

“Nuestro lema es: ayudémonos mutuamente porque solas no podemos hacer nada”, añade la hermana Azezet. “Las jóvenes provienen de entornos distintos, se han enfrentado a obstáculos y adversidades, y en cada una de ellas veo una gran resiliencia. A una Europa e Italia cada vez más tibias, estas jóvenes les dicen: ‘no os desaniméis ante las dificultades’. Casi todas provienen de entornos muy humildes, observan a su alrededor a personas estresadas porque no tienen todo lo que desean, y con sus vidas nos dicen que es posible ser feliz con poco: cultivando amistades, relaciones, cuidando a los demás”. Del Sur al Norte del mundo, y viceversa, esta es la nueva misión femenina.



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento